

Esparto, vino con gracia y agua la justa

Nos comenta el aprendiz de filósofo entre compungido y escéptico que: “Comencé a perder la esperanza en la humanidad cuando me enteré de que crucificamos al único hombre que sabía convertir el agua en vino”.

- Este de los míos –le respondí entre convencido y solidario.

Lo comprendo y me compadezco pues ambos somos aficionados al vino. Tiene todo mi apoyo y un hombro sobre el que consolarse. Pero es que si además se puede transformar el agua tan fácilmente en vino, sobran las viñas. En todo caso *desaladoras* ambientalmente sostenibles, poca salmuera, mínimo consumo energético y que se aprovechen para lo que se pensaron. Los trasvases al parecer ya están amortizados. Esta España nuestra, vertebrada, como era de esperar, tanto que cada vez se parece más a esa tierra reseca, cuarteada, sin pizca de polvo por no tener ni una lagrimica de agua.

- ¿Y por qué no construir un *vinoducto*? –le pregunto al filósofo.
- ¿Y por qué no? –me respondió.

Un amigo relativamente cercano tuvo la feliz idea de incluir en la casa unifamiliar que se construía en una pedanía lorquina un sistema que le aliviara del penoso trabajo de trasegar vino. Vino de los toneles, de la damajuana, de las botellas, de las jarras...

- “Es que una lata cuando ya estás metido en ambiente tener que moverte para echar vino” –argumentó.

Fueron razones suficientes para construir un *vinoducto* familiar que tenía su origen en la *falsa* de la casa donde antes de construir el tejado dejó unos depósitos lo suficientemente generosos como para almacenar –previsor él –el vino que consumiría durante un año al menos.

- ¿Mil litros por ejemplo? –pregunté por decir algo.
- Lo ha dicho un hombre –respondió, para añadir al segundo– pero ya que estamos..., pon otros mil *porsiacá*.

Desde la cámara y empotrado en los muros una tubería atravesaba hasta el sótano el preciado líquido. El resto es imaginable: vino “a pajera abierta” ¡Qué dicha! Por eso –y por razones más poderosas, no quiero incurrir en irreverencias gratuitas– Jesús debería haber seguido haciendo milagros de ese rango.

Pero la memoria personal recupera para la historia sucesos ocurridos hace tantos años que inducen a pensar que quizás no fue ese un tiempo vivido, ni el que te contaron, sino tan real como el cachivache que aún conservo. En este caso almacenaba agua.



MI padre tendría unos cuarenta años y en el tiempo de verano cuando ocasionalmente marchaba al banal a realizar algún trabajo, segar alfalfa, sulfatar los tomates, regar... se cubría la cabeza con un pañuelo de mano al que le ataba las puntas haciendo un nudo que le confería cierta presión, la suficiente para encajarlo en su cabeza. Lo protegía del sol, pero si tanto apretaba y ya el sudor le resbalaba, descubriase y con el mismo pañuelo se lo

secaba. Igual sistema empleaba en sus jornadas de caza. En este caso el perro y un servidor trotaban a su lado mirando como cada cierto tiempo, parejo con el momento de secarse el sudor, se echaba un buche de agua.

Para eso tenía una cantimplora con forma de balón aplastado, de latón, forrada de esparto exquisitamente trenzado. Su capacidad era de un litro exacto y la temperatura del agua era casi la misma de cuando la echó del pozo. El envase lo conservo como un emotivo recuerdo que no precisa añadidos. Ni fotos, ni acaso comentarios. La imagen de mi padre bebiendo “a morro” es nítida, como el color del cielo, como el sonido del agua cayendo. La cantimplora nos alivió la sed en aquellas largas jornadas de caza por la sierra del pueblo, piedra del Almirez...



La otra imagen es una escultura. De base sólida sobre la que aposentarse, asemeja un huevo gigante del que arranca un largo tubo por donde discurre el vino. En otro tiempo la he tenido con una espita de doble entrada de aire que facilita la caída del líquido. Tiene su técnica pegarle un trago. Si está llena –almacena dos litros menos cuarto– y no la coges de abajo, puede ser que se produzca el degüello de la misma, fracturándose por la inserción entre los dos cuerpos. Pero no. La coges del culo, digamos, oirás como cae el líquido. Debes entonces aguantar el primer goteo que cae tímidamente en la boca. Aguanta..., porque el placer llegará a continuación cuando el golpetazo te llene la boca hasta el punto de verte comprometido para absorber todo lo

que sale por ese caño. La forró con cuerda trenzada de esparto un hombre bueno, hace cuarenta años. Se trata de una calabaza del tipo *Butternut* –perdón por la palabra– y esta obra de arte ha dado tardes y días de gloria inolvidables.

Menudo chollo habría tenido *Jesús el de Nazaret* de tener en sus manos lo que guardo como un tesoro. Por eso lleva razón el aprendiz de filósofo que dice no confiar en la humanidad. Ni yo...

La Torrecilla, 26 de noviembre de 2017